

ro, atenta a lo que se le platicaba, pero poco involucrada en los sucesos del siglo. En 1879, en Bouchot, los momentos de lucidez comenzaron a espaciarse; regresaron los antiguos miedos al envenenamiento...

Y en las crisis álgidas, su noble espíritu, tan cultivado y exquisito en otros tiempos, sufría ofuscaciones que se traducían en atentados contra los objetos más queridos que rodeaban su vida: un corte de tijera en una tela de Rubens, un golpe, con la contera de la sombrilla, en un jarro de Sajonia, el destrozado de un elzvir, la destrucción completa de bibelots valiosos... Lo único que en los estados de acometividad no tocaba, era el lote de las reliquias de Maximiliano.

El párrafo final del ensayo de Fernández Ledesma sobre la locura de Carlota desdobra la idea esencial de la compasión. No sin elegancia escribió: “Duerma, pues, la señora real que paseó en México su cauda de emperatriz. Duerma la soberana que, sin saberlo, nos hizo tanto daño. Duerma la princesa en la Única Paz. Y que su espíritu, entenebrecido en la vida sorda de seis décadas, haya recobrado su luz en otras regiones[...].”

No puedo sino estar en desacuerdo con Fernández Ledesma. La princesa esmeradamente educada para gobernar; Carlota, la preocupada princesa roja y formidable opositora de retrógrados, “pelucas viejas”, “mochos y cangrejos” nostálgicos de la Nueva Espa-

ña independiente, la mujer de empuje que buscó al papa y a Napoleón III para presionarlos moral y políticamente, la mujer crítica implacable que atormentada escribió casi 250 cartas impulsada por el reacomodo de las bases de su personalidad y del concepto de sí misma —develada en este libro de Laurence van Ypersele— no hizo más daño que otros mexicanos de antes y después. Y tampoco quiero pensar que la paz llegó con la muerte, sino con la reestructuración de su individualidad, con el invento singular e íntimo de su armazón propia, con su nuevo ego fuera del mundo y su aplastante historia. Fue, parafraseando a Nietzsche, humana, demasiado humana.

La empresa eléctrica

Carlos Marichal

Reinhard Liehr y Mariano Torres Bautista (eds.), *Compañías eléctricas extranjeras en México, 1880-1960*, México, BUAP/Bonilla Artigas Editores/Iberoamericana Editorial Vervuert, 2011, 238 pp.

No es ningún secreto que Mariano Torres y Reinhard Liehr han es-

tado impulsando un importante proyecto de investigación sobre las empresas eléctricas (dentro de un proyecto más vasto sobre la historia de las empresas extranjeras en México) desde hace muchos años, de manera pausada y, a veces, casi silenciosa. Pero ahora podemos ver los primeros resultados a partir de la publicación del libro que reseñamos, el cual está bien editado e incluye siete ensayos de excelente

factura. Los autores Liehr y Torres —que son a su vez editores— han redactado una introducción que es un excelente ensayo panorámico y unas conclusiones, dando así entrada y salida del volumen. El corazón de libro está compuesto por cuatro capítulos sobre distintas empresas eléctricas y tranviarias en diferentes regiones de México, escritos por Joel Álvarez, Alma PARRA, Javier Ortega y Eduardo Frías.

En primer término, me parece que conviene subrayar que ésta es la primera historia de conjunto sobre las empresas eléctricas en México en el siglo xx, antes de las nacionalizaciones de 1960. Es cierto que existían algunos trabajos sobre temas eléctricos durante algunos periodos más recientes, de Miguel Wionczek (sobre políticas públicas en los años de 1960) y de Enrique de la Garza y colaboradores sobre la historia social y sindical (especialmente en los años de 1970). Pero esos estudios no eran propiamente ni historia económica ni historia de empresas y por ello este volumen es una primicia que abre nuevas ventanas para la historia empresarial mexicana. Sobre todo el presente libro constituye una aportación fundamental a la historia energética de México, tema que debiera llamar la atención en este momento cuando a escala mundial hay una creciente preocupación por los recursos energéticos, el desarrollo sustentable y el futuro de la humanidad en su larga, compleja y a veces expoliadora relación con la naturaleza.

Por supuesto, no se puede entender la modernización económica de México en el siglo xx sin analizar el tema de la energía y de la electricidad. Pero hasta ahora no ha merecido la atención que merece y de manera urgente. Por ello celebro este libro porque, en efecto, sin analizar el tema de la energía y de la electricidad no se pueden entender la historia de los transportes e industrial, la historia agroindustrial y del regadío, ni

la historia de la urbanización, fenómenos sobresalientes de los cambios experimentados en el siglo xx en México.

Entre los primeros agentes dinámicos de este gran transformación se cuentan las empresas eléctricas, que comenzaron a operar como pequeñas empresas desde 1880 en adelante. Como nos cuentan los autores, muchas de las pequeñas compañías primigenias fueron absorbidas por firmas mucho más grandes, lo cual se demuestra con base en el trabajo de investigar en los archivos pertinentes en México, Gran Bretaña y Canadá, lo cual también explica que los autores hayan podido realizar este relato tan amplio en tiempo y temas.

En esencia el libro nos muestra que se produjo un secuencia de *tres grandes periodos* en la historia dinámica de las empresas eléctricas extranjeras en México. Entre 1880 y principios del siglo xx, los ensayos incluidos analizan las empresas pioneras, muchas de ellas hidroeléctricas, que usaban la fuerza del agua para producir energía. En esta etapa del Porfiriato es notable observar la fuerte competencia entre empresas locales. En una segunda etapa se fueron creando empresas más grandes y consolidadas, en general a partir de la absorción de las compañías chicas y su transformación en grandes consorcios. Este es el caso de la Mexican Light and Power —estudiada por Liehr y Torres—, y también por Joel Álvarez en su estudio de la empresa de tranvías de la ciudad de México, estrechamente vinculada a la anterior. Estas empresas eran con-

troladas por capitales canadienses, bajo el formato de *free standing companies*, que podemos traducir como empresas internacionales libres (antes de las *multinacionales*). Los editores han impulsado el estudio de este tipo de empresas que era frecuente en los ferrocarriles, minería y electricidad durante este periodo. Su política o estrategia fue la de generar monopolios naturales, dominando la producción eléctrica en ciertas regiones: era el caso de la Mexican Light en el centro de la república. A su vez, varias de estas firmas eléctricas dominaron el medio de transporte urbano más importante de la época que eran los tranvías, que se habían constituido en grandes compañías.

Uno de los fenómenos más interesantes de la historia de la Mexican Light and Power y de la asociada empresa tranviaria en la ciudad de México es que lograron sobrevivir a la Revolución, pese a los embates nacionalistas tan bien descritos en el ensayo de Joel Álvarez. Ello nos habla de las contradicciones de la propia experiencia revolucionaria, al igual que en el caso de la banca incautada por Carranza. En los años de 1915-1916 el nacionalismo revolucionario se tornó estatista, pero posteriormente se transformó y se produjo un regreso al mercado, aunque difícilmente se podría hablar del libre mercado, ni de parte del Estado ni de las empresas mayores.

Otros grupos de empresas que también lograron sobrevivir a los embates revolucionarios fueron las de Weetman Pearson, el con-

tratista de don Porfirio que construyó el gran canal, el Ferrocarril de Tehuantepec, los puertos de Salina Cruz y Coatzacoalcos, y que estableció algunas de las primeras empresas petroleras en el país. Hasta la fecha no había apenas estudios sobre la historia de las empresas eléctricas de Pearson, concentradas inicialmente sobre todo en el oriente del país, pero luego extendiéndose hasta formar un gran arco de compañías en varias regiones del país. El ensayo de Alma Parra permite entender este fenómeno y constituye un capítulo enteramente novedoso en la historia económica de México y su estudio de los papeles del archivo de Pearson en Inglaterra representa una aportación fundamental.

Hacia mediados de la década de 1920 se inicia una tercer fase en la historia de las empresas eléctricas en México, el cual se debió sobre todo a cambios en la estructura financiera y de organización a nivel mundial de las firmas eléctricas. Aparecieron ahora grandes *holdings* (hasta cierto punto una nueva forma de organización empresarial y de inversión), que fueron absorbiendo gran parte de las empresas eléctricas y tranviarias a escala internacional. En México la Sofina de Bélgica, quien tomó la delantera desde 1924, absorbió la mayor parte de las empresas de la Mexican Light and Power, que era controlada por una firma inversora canadiense. La Sofina fue un *holding* inmenso con intereses en una decena de países, pero además tuvo

una participación muy fuerte en ámbitos no sólo de la industria sino de la política, como lo ilustran capítulos a veces turbios y escandalosos de su historia en España, Argentina y Brasil. La razón es que estos *holdings* poderosísimos buscaban obtener tarifas y concesiones favorables para expandir sus negocios y establecer *cuasi* monopolios, los cuales podrían garantizar una alta rentabilidad para sus inversionistas (que solían ser de varias naciones). Pero ello requería negociaciones políticas complejas para obtener tarifas y concesiones preferenciales, y casi inevitablemente implicaba el pago de comisiones millonarias a numerosos políticos en varias naciones en las que trabajaban.

El otro gran *holding* eléctrico en México desde los años de 1920 era el American and Foreign Power Company, desprendimiento de la General Electric en forma de una gran financiera internacional, la cual eventualmente absorbió la mayor parte de las empresas del grupo británico de Pearson en México, sobre todo desde 1930. Entre ambos *holdings* lograron mantener un control de la mayor parte de las empresas eléctricas mexicanas hasta la nacionalización en 1960. Que pudieran sobrevivir a la Gran Depresión e inclusive prosperar, pese a innumerables problemas económicos y también sindicales (¡los sindicatos de eléctricos fueron siempre muy combativos!), es testimonio de que la energía que producían tenían una creciente demanda,

y ésta no hizo sino aumentar después de la Segunda Guerra Mundial, a raíz de la intensificación de los procesos de industrialización y urbanización tan rápidas experimentadas entonces en México.

El libro, sin embargo, no se limita a estudiar los principales consorcios del ramo, sino que ofrece entradas importantes sobre otras empresas eléctricas menores: el estudio de Javier Ortega sobre la compañía de transmisión eléctrica de potencia en el estado de Hidalgo en el periodo 1894-1924 y el trabajo de Eduardo Frías Sarmiento sobre la industria eléctrica en Sinaloa entre 195 y 1940 son ejemplares. Pero también lo es el estudio de Reinhard Liehr y Mariano Torres sobre las multinacionales eléctricas alemanas en México entre 1894 y 1942. Porque aparte de la producción eléctrica, la otra cara de esta industria es la parte tecnológica, la producción de turbinas y equipo de todo tipo la que producían la Siemens y la AEG, alemanas, grandes competidores de la General Electric y la Westinghouse. Su importancia no es desdeñable. Si bien la AEG y la Westinghouse declinaron en los últimos decenios del siglo XX, la General Electric se convirtió en la mayor empresa industrial de los Estados Unidos (después de la empresa Exxon de petróleo), y la Siemens es líder indiscutible en Alemania y Europa hoy en día. En resumidas cuentas, el libro nos habla del pasado pero también nos permite reflexionar sobre temas pertinentes para la actualidad.